



“Fe y Razón”

Conferencia pronunciada por el P. Antonio Rodríguez en el Simposio “Creación y Evolución”.



Hace once años, el Papa Juan Pablo II publicó su última encíclica, titulada “Fides et Ratio” (“La Fe y la Razón”) el 14 de Septiembre de 1998. Es necesario enmarcar este documento pontificio dentro de la religión cristiana, mirando con atención el título Fe y Razón, que de por sí dice mucho. La encíclica no proponía un tema nuevo para la Iglesia y el mundo, pues la relación entre la fe cristiana y la razón se remonta hasta los orígenes de la religión fundada hace dos mil años por Jesús de Nazareth. Digámoslo desde el inicio de esta exposición: el Cristianismo no es una religión irracional. Por consiguiente, en contra de lo que muchos piensan equivocadamente, no existe oposición entre la Fe Cristiana y la razón humana. Todo lo contrario. Lo propio de la Fe Cristiana, es el lugar esencial, que el elemento de la razón humana ocupa en ella. La Fe Cristiana, pues, es razonable y racional. En lo genuino de ella no entran los ingredientes mágicos, ni voluntaristas ni heterónomos. Santo Tomás de Aquino nos ha dicho que el hombre, en virtud de su racionalidad, está más cerca de la naturaleza divina, y por tanto goza de autonomía en sus decisiones (Cfr.: De Veritate 22, 4 y 6). Esto será lo que trataré de explicar.

La Fenomenología de la Religión, ciencia filosófica relativamente moderna, nos dice que el primer estadio del hombre religioso y de una religión, lo constituye la experiencia mágica. En este nivel, los objetos comunes adquieren una connotación religiosa, marcada por el poder sobrenatural que el hombre creyente le da. Basta entrar en contacto con ellos, aunque sea sin querer, para quedar bendecidos o maldecidos por esa acción. A esto se les ha denominado tabúes. Resguardos, hechicerías y males de ojos son los elementos propios de las religiones mágicas. El Antiguo Testamento también nos presenta algunas muestras de expresiones mágicas, especialmente en los relatos de los Patriarcas y en textos anteriores a los Profetas y libros Sapienciales. Asimismo, en expresiones religiosas católicas, pentecostalistas y del amplio mundo protestante (como por ejemplo, la recurrencia a lo diabólico) a fin de explicar fenómenos naturales y humanos, hallamos lo mágico. Concluyamos, lo mágico carece de lo racional, o esto se encuentra muy disminuido. En el fenómeno mágico las explicaciones de lo religioso se caracterizan por ser explicaciones de tipo irracional. Todo esto explica el rechazo y la cruel crítica que la Ilustración hizo a la Fe Cristiana, la cual padecemos todavía. No fue a la auténtica Fe Cristiana, sino a las frecuentes expresiones mágicas del cristianismo vivido hacia el cual dirigió sus dardos la Ilustración. Sólo que los ilustrados pensaban que el cristianismo mágico era la Fe Cristiana. Por eso Voltaire invitaba a combatir a “la infame”, que era la Iglesia, portadora, para él y para muchos, de oscurantismos irracionales. Las conclusiones de los ilustrados fueron tomadas por otros que los siguieron en el tiempo. Muchos ilustrados proponían una religión racional, aunque el camino iniciado les salió muy mal, pues lo que surgió fue el deísmo. Ellos desconocieron el valor de la providencia divina y de la redención. Pensaron, erróneamente, que estos aspectos esenciales de la Fe Cristiana anulaban o empobrecían al hombre, a su razón y a su libertad, cuando en realidad, bien entendidos y bien vividos nada restan a la razón, sino todo lo contrario, amplían su horizonte.

Fe y Razón habían caminado juntas hasta el Renacimiento, prelude de la Ilustración. El divorcio comenzó con aquel. La ilustración presentó a la Fe (en este caso cristiana, pues nació en países cristianos) como contradictoria de la razón. Para los ilustrados y racionalistas el binomio no es fe y razón, sino fe o razón, o lo peor, la razón contra la fe. En nuestro pueblo sencillo, y no tan sencillo, encontramos en el substrato de su pensamiento esto último, cuando atribuyen a la fe la ciega actitud que explica lo que la razón o las ciencias empíricas hasta el momento, no pueden explicar. La mayoría de las personas y de los católicos ignoran lo que el Concilio Vaticano I (1870) expuso clarívidamente: la razón puede alcanzar por sí sola las verdades de orden natural, y tiene límites para alcanzar otras verdades de orden sobrenatural (las propiamente religiosas) que sólo se alcanzan con la revelación divina, contenida en las sagradas Escrituras y en la Tradición. Ha sido un error de muchos cristianos identificar una fe ciega, irracional por esencia, a lo cual se le da el nombre de fideísmo, a la verdadera fe cristiana, que nada tiene que ver con aquella. El mismo error se ha desarrollado en no creyentes. La culpa de unos (muchos cristianos) ha provocado la confusión de los no creyentes, y las diversas actitudes que han tomado con respecto a la Fe Cristiana, lógicamente comprensibles. Significativamente los primeros diálogos ocurridos entre marxistas y cristianos hace cincuenta años se esforzaron por aclarar de ambas partes esta mutua incomprensión.

La constitución “Dei Filius” del Concilio Vaticano I, que condenó el fideísmo, aclara que entre la revelación y la razón no existe desacuerdo alguno, pues Dios es autor de una y de otra. La fe, que es un don de Dios, es también un acto racional y libre.

Sin embargo, esto no era la primera vez que se decía en la Iglesia. Muchos Padres de la Iglesia, (vivieron entre el siglo I y el siglo VIII d.C.) teólogos, con Santo Tomás de Aquino a la cabeza, ya habían expuesto estas verdades. Este había sido el pensamiento oficial de la Iglesia, aunque -como acabo de decir- debemos reconocer, que el pensamiento vivido muchas veces no fue así, como tampoco ahora, con frecuencia, no lo es. De ahí, es explicable la crítica que muchas veces se nos ha hecho. La práctica de la auténtica fe cristiana es la que puede romper confusiones y críticas en el presente y en el futuro.

Para terminar, deseo destacar uno de los logros del saber contemporáneo, alcanzado por un largo proceso evolutivo –que, por cierto no es biológico-, sino de corte epistemológico, y por tanto antropológico. Hoy día comprobamos que la razón empírica es insuficiente para aportar toda la verdad necesaria, a fin de comprender el mundo. Lo mismo podemos decir de la razón filosófica. La fe cristiana, por su parte, halla su origen en la revelación sobrenatural de Dios y aporta las últimas verdades, que no son del ámbito de las ciencias empíricas ni filosóficas, pues tratan de la naturaleza de Dios y de la salvación y destino final del hombre. Estas verdades revelados por Dios al hombre no pueden ser alcanzadas por la sola razón humana, pues pertenecen al ámbito de Dios; sin embargo no son opuestas a la razón, ni tampoco la suplantán; todo lo contrario, amplían su horizonte hasta el conocimiento íntimo del ser divino y del hombre; elevan la razón humana, y por ende al hombre. No lo disminuyen. Que el hombre sepa que es un redimido, y que finalmente vivirá junto a Dios, no es disminución del conocimiento humano, sino elevación y ampliación.

De todo esto se deduce que la comprensión del mundo necesita de tres saberes: el empírico, el filosófico y el de la Fe Cristiana. Cada uno de estos tres saberes es autónomo con respecto a los otros dos. Esto significa que tiene su objeto de estudio y su método propio. Trasladar el objeto de estudio para el otro, no sólo sería un error de tipo epistemológico, sino lo que es peor, de tipo antropológico con notables malas consecuencias para el hombre. La Iglesia Católica, después de los vendavales de Galileo, Darwin y de las malas interpretaciones en torno a ellos, llegó a producir en el Concilio Vaticano II (1965) el número 36 de la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”, en el que explica su posición respecto a las ciencias empíricas y al resto de los saberes humanos, cuando declaró la naturaleza autónoma de estos con relación a la fe. Finalizo con la lectura de un fragmento de este número:

“Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios⁶. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aún sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe⁷.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida.”

Citas:

6. Cf. Conc. Vat. I, Const. Dogm. De fe católica Dei Filius c. 3: Denz. 1785 -1786 (3004-3005)

7. Cf. Mons. Pío Paschini, Vita e opere di Galileo Galilei 2 vols. Academia Pontificia de las Ciencias (Ciudad del Vaticano 1964).